

MIGUEL ÁNGEL TOBIAS

PROLOGO DE FERNANDO PARRADO

UNA HISTORIA CONMOVEDORA Y ESPIRITUAL
DE LA LUCHA POR LA VIDA

RENACER EN LOS ANDES

Luciérnaga

ÍNDICE

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Dedicado también a:

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

No era la primera vez que estaba a punto de morir...

RENACER EN LOS ANDES

1. LA DECISIÓN
2. LA NOCHE, EL TIEMPO...
3. COMIENZA EL MILAGRO
4. EL AMANECER
5. LA PRIMERA PETICIÓN
6. LA SEGUNDA PETICIÓN
7. LA TERCERA PETICIÓN
8. DAR LA NOTICIA
9. LA CUARTA PETICIÓN
10. SIGUEN LOS RECUERDOS
11. ACEPTANDO LA MUERTE
12. LA QUINTA PETICIÓN
13. DE REGRESO A AREQUIPA
14. CINCO AÑOS DESPUÉS

ALGUNAS REFLEXIONES

La familia

La amistad

El amor

El miedo

El camino del corazón

La felicidad

La soledad

Los milagros

Nando Parrado

NOTA DEL AUTOR

Créditos

Sinopsis

Miguel Ángel Tobías es un hombre al que siempre le han apasionado el riesgo y la aventura. Ha participado en rallies por África, recorrido desiertos en moto y navegado por ríos peligrosos. Se ha adentrado en la espeleología, ha competido en carreras de motos de agua, ha buceado en cuevas, descendido barrancos y practicado la caída libre. También tiene el curso de acrobacia aérea de vuelo sin motor y es piloto de aviones. Por su trabajo como productor y director de documentales sociales, recorre el mundo en zonas de guerra, de catástrofes, de pobreza. Ha visto la muerte muy de cerca muchas veces.

En este libro, nos ofrece un relato desgarrador; sincero y directo, y a la vez lleno de esperanza y de luz, sobre sus propias experiencias cercanas a la muerte y el sentido de la vida. No tiene ninguna duda del milagro que se produjo al salir vivo de una montaña en la cordillera de Los Andes, donde después de separarse del grupo, se perdió.

Sin agua, sin comida, a muchos grados bajo cero y sabiendo que no iban a ir a buscarle, la muerte era ya cuestión de horas... Hasta que pidió ayuda y «alguien» se la dio.

Ésta es su historia.

*Dedicado a Conchi, mi madre, el ser humano más
inteligente y con más amor que he conocido en mi vida.
Su luz me ilumina siempre en la oscuridad.*

*A toda mi familia. A los que se fueron
y nos esperan en la otra orilla. A los que están.
A los que vendrán.*

Dedicado también a:

José Manuel, Nacho, Willy y Carlos, protagonistas de este libro.

Ángel Rodríguez Vaquerizo, Javier Aguilera, Cipri Quintas, Antonio Rodríguez «Toñejo», José María Poveda, Jesús Poveda, Félix Sabroso, Divina Martín, Eduardo Laseca, Mercedes García, Carlos Guillén, Juanjo Gómez, Carlos Villena, Carmen Guaita, María Ángeles Fernández, Jaime Ferrando, Cristina Vilaplana, Marta Díaz, José Ramón Díez, Luis Dueñas, Marcela Rovzar, Elisa Salinas, Alejandro Ramírez Magaña, Lorena Zedillo, Manuel Felguérez, Meche Oteyza, Laura López, Pietro Sebastiani, Cristina Finucci, Carlos Fernández Rodríguez, Antonio de la Viuda, Yolanda Torres Torres, Raymundo Herrera, Narcís Cardona, José Miguel Izusqui, Familia Serur, Beatriz Corredor,

*Cristina Pérez, a tu padre (in memoriam),
Manuel Villanueva, a tu hermano (in memoriam),
Antonio Jiménez de Belén (in memoriam) y
Dunia Ayaso (in memoriam).*

AGRADECIMIENTOS

A Vanessa López.

Sin tu apoyo este libro no sería así. Gracias por tu paciencia.

A Laura Falcó.

Un agradecimiento muy especial para ti, porque fueron tu intuición, tu inteligencia, tu humanidad, tu conocimiento, tu confianza y tu amor por las grandes historias los que me dieron el impulso para escribir este libro.

Gracias por abrirme las puertas.

PRÓLOGO

Yo también volví a «renacer en los Andes», y es un honor que Miguel Ángel Tobías me haya solicitado que le escriba unas líneas para su libro.

Una obra que merece ser leída por su sinceridad y por el enfoque que nos propone sobre la inexperiencia de la juventud y las enseñanzas que uno logra sacar de ella. En su primer viaje a África, la felicidad de afrontar nuevas vivencias en un lugar exótico casi le cuesta la vida. En las altas cumbres de los Andes, su encuentro con la durísima realidad de la crueldad de las montañas cuando atacan nuevamente le ponen en peligro mortal. Sus relatos están tan llenos de desesperación y sufrimiento que despiertan compasión.

Su lucha contra las corrientes, contra las heladas temperaturas y la soledad en las cumbres están tan detalladamente escritas que el lector sentirá como suyos el miedo y la angustia del autor. Miguel Ángel expone con mucha claridad y certeza la ciencia de cómo el cuerpo y la mente responden ante una crisis. Todo su relato está impregnado del espíritu de la dignidad humana y será de gran ayuda a aquellos que están por enfrentarse a un desafío y comprender su propio comportamiento para tomar la decisión correcta.

Renacer en los Andes puede tener diversos finales, según la percepción de cada uno y esto es fascinante. ¿Suerte? ¿Coraje? ¿Miedo? ¿Casualidad? ¿Dios? Está en la mente del lector asimilar el final y tomar sus propias conclusiones.

NANDO PARRADO

No era la primera vez
que estaba a punto de morir...

Fue en África, en el verano de 1991. Tenía 23 años. Meses antes yo compaginaba mis estudios de Nutrición con el trabajo como actor de reparto en una serie de TVE que dirigía Manuel Armán, uno de los grandes realizadores de televisión hasta la fecha. Un día habíamos acabado de rodar unas escenas y, mientras paramos para el bocadillo, le oí hablar por casualidad con Nacho, otro compañero productor de la tele, sobre la posibilidad de viajar a África.

—Perdón, ¿estáis hablando de ir a África?

—¡Hola, Miguel Ángel! Sí, nos vamos los dos solos a África en agosto. Nadie más se ha apuntado.

—¡Ya no! ¡Ya somos tres para ir! —les dije sonriendo.

—¿En serio? ¿Te vienes con nosotros?

—Sí, si me dejáis, sí.

Recuerdo que luego me confesaron ambos por separado que, de no haber ido yo, habrían anulado el viaje, porque ellos tampoco se conocían tanto como para viajar casi un mes los dos solos a un sitio tan salvaje. Así que, sin pretenderlo, me convertí en el engranaje que hacía que todo girara adecuadamente.

Fue un viaje increíble en muchos sentidos. Era la tercera vez que yo salía de España, la última había sido a París y la anterior a Portugal, así que África se abrió ante mí como un mundo nuevo, salvaje y mágico.

Llegó el uno de agosto y nos embarcamos rumbo a Nairobi, con una gran emoción por descubrir una tierra que solo

habíamos visto en el cine, la tele y los documentales de La 2. Me acordaba de las películas de Tarzán, con Johnny Weissmüller, que ponían los sábados por la tarde después de Heidi, de Marco o de Mazinger Z. En ellas siempre salía Nairobi a relucir y, por fin, yo iba a viajar allí. Estábamos los tres muy contentos y emocionados.

Llegamos a Nairobi y, tras dormir esa noche, lo primero que hicimos fue alquilar un coche, porque teníamos veintiséis días por delante y habíamos decidido ir por nuestra cuenta, organizando el viaje sobre la marcha. Nos decidimos por un Tata Sierra, un todo terreno pequeñito, ligero y con pinta bastante endeble, que al final resultó ser el mejor coche del mundo, ya que pasaba por todas partes, se hundía poco en el barro y se sacaba con facilidad de él —en comparación con los grandes, pesados y lujosos todoterreno con que nos cruzábamos en las reservas—. Parte del techo se podía descapotar, lo cual permitía al que iba en los asientos traseros sentir la transgresora libertad de ir de pie recibiendo el aire en la cara y una visión de 360 grados desde la altura, cosa que en África resultaba una sensación maravillosa, porque eras el primero en ver los animales y dirigir el coche hacia ellos.

Manuel y yo en un alto del camino con nuestro jeep Tata Sierra.

Esa misma mañana fuimos a casa del embajador, que era amigo de la familia de Manuel, y nos invitó a comer. Nos ofreció, además, su ayuda para lo que pudiéramos necesitar mientras estuviésemos en el país. Como buen embajador, nos advirtió de todos los peligros que debíamos evitar: caminar por la noche, salir del circuito turístico, ir solos a cualquier lugar, decirle a algún extraño dónde estábamos alojados o cuál era la ruta que íbamos a seguir, comer en los puestos callejeros, beber agua que no estuviese embotellada ni fuera abierta

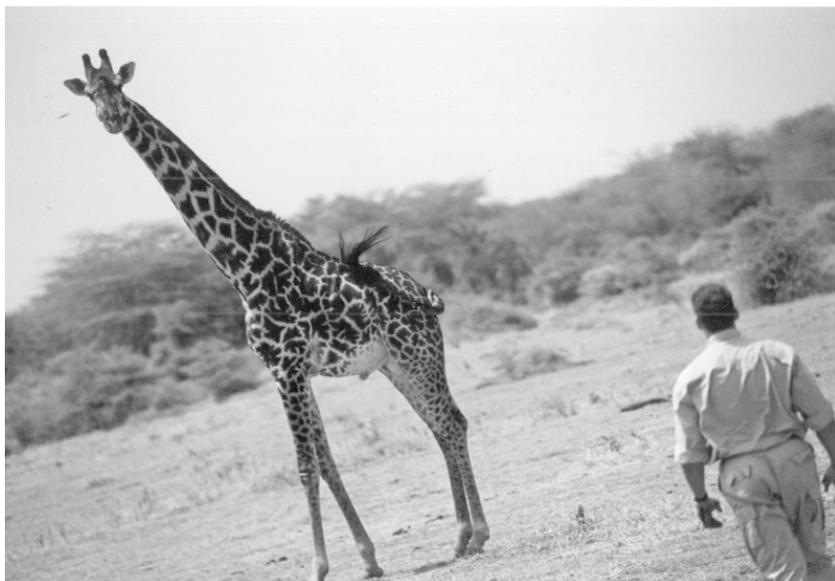
delante de nosotros, tomar bebidas con hielo fuera de los hoteles, comer verduras o frutas crudas, no llevar pastillas potabilizadoras ni, por supuesto, cambiar dinero en el mercado negro.

La mayoría de los consejos eran obvios y los que tenían que ver con la alimentación, casi de obligado cumplimiento, porque nadie quiere verse con una gastroenteritis aguda en un sitio como África. Pero el embajador no fue consciente de que no le estaba dando consejos a una familia con dos niños pequeños que hubiera ido a África a ver animales en un camión reconvertido en autobús desde el cual los turistas hacen fotos a varios metros de altura y sin ningún tipo de peligro, sino a tres chavales jóvenes, ávidos de vivir aventuras de todo tipo en el sitio más salvaje de la Tierra.

Ya por la tarde fuimos a cenar al Carnivore, uno de los restaurantes más famosos de Nairobi, donde se dan cita todas las delegaciones diplomáticas, los ejecutivos de las empresas extranjeras más importantes y la gente pudiente de la ciudad. Comimos toda clase de carne: ñu, cebra, antílope, búfalo, etcétera, que van sirviendo por las mesas, cortándola al momento delante de ti. Y todo ello aderezado con todo tipo de salsas y ensaladas y acompañado de una gran variedad de bebidas. Mientras tanto, un grupo de música en vivo invitaba a levantarse y bailar al ritmo de pop africano. Tras la cena y un rato de baile llegamos al hotel muy cansados después del viaje desde España y de no haber parado en todo el día, pero al entrar en la habitación observé desde mi ventana decenas de pequeñas hogueras que se perdían hasta donde alcanzaba la vista en una zona no edificada de las afueras.

Bajé a recepción y le pregunté a uno de los trabajadores del hotel qué era aquello. Me dijo que esas hogueras las encendía la gente pobre que no podía acceder a entrar en una discoteca o un bar, y que se reunía alrededor de ellas a beber, cantar y bailar. Obviamente las palabras del embajador sobre

no caminar de noche, no salir solos y no alejarse de las zonas turísticas, las cuales, por supuesto, resonaban en mi cabeza, solo sirvieron para acrecentar mi deseo de transgredir todas las normas. Salí a la calle, entré en una especie de tienda de ultramarinos que encontré abierta y compré unos litros de cerveza. Me dirigí en medio de la oscuridad hacia las primeras hogueras que vi en un descampado y me presenté diciendo que acababa de llegar a Nairobi, que había visto las hogueras desde la ventana de mi hotel —lo cierto es que desde allí mi hotel se veía muy lejos— y que quería compartir un rato con ellos. Como he podido ir viendo luego a lo largo de mi vida, lo que más desea y agradece cualquier ser humano es ser reconocido como tal, sentir que existe para los demás, que no es mirado por encima del hombro, ni tratado como inferior ni discriminado. Sí, estoy hablando de dignidad. Compartí con ellos dos horas maravillosas en las que charlamos de España, de África y, por supuesto, de fútbol: del Real Madrid y del Barcelona. Ahí comprendí que es nuestra mejor carta de presentación en el mundo.



En una de mis múltiples bajadas del jeep.

Por la mañana, mientras desayunaba con Nacho y Manuel, les conté la aventura y me dijeron que estaba loco, que lo que había hecho era peligroso. Y sí, estaba loco, loco de aventura. El peligro me hacía sentir vivo. En los días siguientes contratamos a un guía para que nos acompañara y recorrimos varias reservas, en las que sobornamos a los guardas para que nos cobraran menos por entrar, pero al hacerlo nos pusimos otra vez varias veces en grave peligro porque no había ningún registro de entrada, por lo que, una vez dentro, cualquiera, incluso los mismos guardas, podían habernos secuestrado, matado para robarnos y enterrado. Y jamás se hubiera vuelto a saber de nosotros, porque oficialmente nunca habíamos estado allí.

Fueron días mágicos en los que nos levantábamos a las cinco de la mañana para ver los increíbles amaneceres de África y cómo el reino animal se ponía en marcha. Es cierto que de noche la actividad tampoco cesa, pero es más difícil verla y, además, nosotros también teníamos que descansar algunas horas. En las reservas está prohibido bajarse del coche excepto en las zonas habilitadas para ello debido al peligro real que supone estar rodeado de animales salvajes, pero esa era nuestra actividad preferida y, como nadie nos controlaba, lo hacíamos todo el tiempo, aunque la verdad es que casi siempre, cuando yo les decía a Nacho y a Manuel que bajásemos, ellos me respondían: «Baja tú y nosotros te hacemos las fotos». Ambos llevaban sendas cámaras fotográficas muy potentes para la época, no en vano trabajaban en televisión y, en el caso de Manuel Armán, como realizador. Así que yo salía del coche y ellos disparaban sus cámaras mientras me acercaba a las jirafas, los elefantes, los monos papiones, las hienas... A veces, cuando no les hacía gracia mi grado de ex-